

RETRATO HABLADO DE UNA NOCHE

La acosté despacio en la cama. Apagué la luz y al cerrar la puerta sentí un leve movimiento.

—Quiero ver el eclipse, papá —susurró desde el fondo de la habitación.

—Ya te dije que no. Todos los niños a esta hora deben estar dormidos. Los eclipses son para los astrónomos. Mejor descansa.

Se levantó de la cama. Prendió la lámpara. Buscó en la repisa del estante una caja en la que tenía pintada unas estrellas con crayón. Sacó el telescopio que había pedido de navidad. Se puso un gorro y una chaqueta y me miró a los ojos en medio de la luz tenue del cuarto.

—Yo soy astrónoma. Estoy lista.

—Ya es tarde, Irene. Hace frío. Estoy seguro que mañana algo pasarán por la tele. Veremos las mejores tomas y fotografías sin necesidad de resfriarnos.

—No es lo mismo, papá. Los eclipses no ocurren todos los días, este es muy importante.

—¿Importante? ¿Por qué es tan importante?

—Es un eclipse total de luna. La luna entra en la zona umbral de la tierra. La luna estará roja como un tomate y será muy corto. Apúrate, debes ayudarme con mis apuntes.

Pasó por el frente de la puerta caminando rápido. Por el equipaje parecía que fuera a un campamento. Caminó por el pasillo muy diligente y se instaló en el balcón. La seguí despacio, sentía que hacer ruido a esa hora sería muy molesto para los vecinos y para mi esposa. Las paredes de los apartamentos ahora parecen papas fritas. Cuando llegué al balcón alzó los ojos, me miró, y mientras limpiaba el lente del telescopio con uno de sus muñecos, me preguntó:

—Papá ¿Cuál es el norte?

—Hacia allá—señalé—los astrónomos deben tener brújulas.

—Y sextantes también, papá, pero ¿si no existieran?

—Bueno, supongo que se crearían alternativas para buscarlo.

—Antes se guiaban por los reflejos en el agua, por el viento y por el rumbo de los pájaros.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo dijo la maestra en clase.

—Bueno, pero también se necesita descansar para poderse guiar al otro día. Mañana debes estudiar y la maestra te contará cómo estuvo el eclipse.

—¿Te imaginas que un día desapareciera la noche o el día? ¿Te imaginas que un día despiertes a tu trabajo y yo al colegio y de repente no haya sol ni luna porque desaparecieron?

El firmamento estaba lleno de nubes plomizas. El silencio se hizo más profundo, me sentí a bordo de una barca al revés y mirando a la profundidad. Veía tan solo una inmensa mancha gris naufragando en el firmamento. Todo el conjunto estaba en silencio. Ladridos de perros a lo lejos se colaban en el viento. La noche toda cabía en el ojo avizor de Irene pegado al telescopio como a un embudo.

Irene susurraba y hacía cuentas con sus dedos. Movía el telescopio como si fuera una caña de pescar y quisiera atrapar una estrella o como esos aparatos de los centros comerciales donde luchas y luchas por atrapar un peluche. Lo cierto es que no entendía lo que hacía Irene. Ya tenía frío, sueño y hambre otra vez.

—¿Qué estás haciendo? ¿Ya pasó el eclipse?

—Por favor escribe esto... la luna se dio un baño de luz... se zambulló en la noche y volvió a salir... tardó lo que tarda un helado por la tarde... su piel es roja cuando está desnuda...

—¿Qué estás viendo?

—Solo escribe eso, papá. Por favor.

—La zona umbral es baile y una conversación... se miran a los ojos y hablan con palabras de luz y sombras... los volcanes del sol cantan como pájaros... los volcanes del sol son pájaros de fuego... los cráteres de la luna son los nidos de los pájaros del sol... en cada eclipse que pasa dejan huevos de sol en la luna...

La noche se iba abriendo como unas alas oscuras. Irene seguía muy atenta a su telescopio. Mientras ella observaba antes de darme algún apunte, pude ver que su libreta estaba llena de notas extrañas. Algunas páginas tenían dibujos de soles y lunas y planetas, de las que salían árboles y alas y ojos. Breves conversaciones y notas de diario como

preguntas y respuestas, llenas de colores, collages de hojas y trozos de cáscaras de huevo y frutas secas.

—¿Desde cuándo espías al universo? —le pregunté.

—Todos somos astrónomos, papá. Solo hay que escuchar al universo.

—¿Y cómo se escucha?

—Todos escuchamos una sinfonía distinta. Ver los eclipses debería ser obligatorio.

La noche parecía interminable. Acomodé un cojín y le pedí que me dejara ver. Me asomé al telescopio. Un rostro sonreía al fondo de las nubes. Se parecía a mí cuando pequeño. Las estrellas eran aves...

—Debes decirme lo que ves, papá... yo aquí lo puedo dibujar.

SOLARIS